

á contestar oportunamente: «El objeto de mi soberano el emperador es precisamente establecer de antemano la inteligencia á fin de que, en caso de guerra, no se nos sorprenda en flagrante delito de falta de preparación.» Francisco José aprobó esta prudencia y entró luego en generalidades, lo que le dispensaba de explicarse más. Finalmente, después de desviar la conversación sobre diversos asuntos, despidió con mucha afabilidad al delegado (1).

El 22 de junio, Lebrún regresó á París, y pocos días después, en un largo informe á su soberano, refirió detalladamente su viaje. El general se guardaba de toda conclusión positiva. Para todo el que había seguido las negociaciones de los años anteriores, la conclusión se imponía de por sí. Decididamente los militares austriacos se prestarían con una complacencia infinita á discutir la estrategia de la guerra futura; pero no entendería empeñar más que *debates académicos*, según la frase del archiduque Alberto. Con no menos amabilidad los hombres de Estado vieneses nos prodigarían todas las flores de la diplomacia; pero no serían más que flores sueltas, nunca el ramo de los desposorios. Sin cuidar más que de sí misma, el Austria (¿quién hubiera osado censurarla después de sus reveses?) haría residir su patriotismo en su egoísmo, y las dos palabras tendrían para ella un sentido único. Fundándose en sus tradiciones de formalismo y sacando partido de sus propias lentitudes, declaraba de antemano que llegaría tarde, muy tarde, lo cual significaba que, en caso de derrota, se detendría en el camino.

A pesar de su mediocre éxito, la misión del general Lebrún no hubiera sido inútil si el emperador, relacionando este reciente desengaño con los desengaños antiguos, hubiese aprendido con esta nueva experiencia á calcular sus empresas según sus propias fuerzas. Pero Napoleón tuvo tiempo de leer el informe de su ayudante? Este informe lleva la fecha de 30 de junio de 1870. Dos días después había de surgir el incidente en que se absorbería todo lo demás. Hemos explicado las causas generales que presagiaban la guerra. He aquí el acontecimiento que la precipitó de pronto.

VII

En España fué en donde se inició el drama que había de terminar en nuestra frontera del Este. Es, pues, preciso, aunque para ello nos veamos obligados á volver atrás, estudiar desde sus orígenes la intriga que tan fatal debía ser para Francia.

En el mes de septiembre de 1868 había estallado en la península hispánica una insurrección que, comenzando en el puerto de Cádiz, entre las tripulaciones de la escuadra, se extendió por la ciudad y desde allí se propagó por toda Andalucía. No hubo más que una batalla, en el puente de Alcolea, en la carretera de Córdoba; y muy pronto la rebelión llegó hasta Madrid y, desarrollándose por todos lados, se convirtió en revolución. Anuncióse el regreso de la reina Isabel que veraneaba en San Sebastián, pero luego hubo contraorden: la soberana, en vista de que las noticias eran cada vez peo-

(1) Memoria del general Lebrun al emperador, 30 de junio de 1870.

res, consideró inútil esperar una intimación más imperiosa del destino, y en 30 de septiembre pasó la frontera francesa, y acogida por Napoleón con todos los miramientos debidos al infortunio, recibió asilo en el palacio de Pau.

La sublevación era obra común de tres partidos: los *unionistas*, representantes de las aspiraciones templadas de la clase media liberal; los *progresistas*, que deseaban más amplias reformas; y los *demócratas*, partidarios en su mayoría de la república federal. Tres personajes se destacaron en la revolución: el general Serrano, el almirante Topete y el general Prim; los dos primeros pertenecían á la Unión liberal, y el tercero, que era el que había de desempeñar un papel más importante, era el jefe de los progresistas. Organizóse un gobierno provisional, en el que Serrano fué presidente del Consejo y Prim ministro de la Guerra, y cuya preocupación más urgente debía ser restablecer la calma. El nuevo poder no omitió nada para realizar este objeto, y Prim, que había dirigido cuatro ó cinco insurrecciones, púsose incontinenti á predicar la disciplina. Como importaba que el pueblo fuese consultado por un procedimiento menos irregular que el de una revolución, en enero de 1869 se celebraron elecciones de representantes en Cortes. Sólo entre los demócratas había republicanos; los unionistas y los progresistas permanecían fieles á la idea monárquica. Las elecciones respondieron á estas tendencias, y desde que fué conocida la totalidad de los elegidos, vióse claramente que España no haría más que cambiar de dinastía.

¿Cuál sería el monarca? Aquí comenzaron las investigaciones largas, laboriosas, complicadas, con embrollos parecidos á los de un *vaudeville*, pero de un *vaudeville* destinado á convertirse de pronto en tragedia.

En estos comienzos de la crisis española, no deja de ofrecer interés estudiar las opiniones que se sostienen en Alemania. Muchos creen que una revolución tan lejana no puede influir en los destinos de la monarquía de Prusia: «La cosa es para nosotros indiferente y gracias á Dios podemos esperar tranquilamente el desenlace,» dice en su correspondencia el consejero secreto de legación Abeken, agregado á la persona del rey (2). En otros centros manifiéstase el temor de que el gabinete de las Tullerías quiera aprovecharse de los acontecimientos. En una carta de 30 de octubre de 1868 dirigida al príncipe real de Prusia, se alude á la suerte futura de la península hispánica: «Sobre todo, dícese en ella, nada de regente bajo la dependencia de Napoleón.» A todo esto comienza á circular en Alemania un rumor cuyo origen es difícil descubrir, y vagamente, con palabras veladas, se habla, para ocupar el trono de Isabel, del príncipe Leopoldo, primogénito del príncipe Antonio de Hohenzollern-Sigmaringen y hermano de aquel príncipe Carlos que dos años antes había sido llamado á gobernar la Rumanía. El *Journal des Debats* da la noticia tomándola de una correspondencia de Viena (3); y en Berlín el representante de la reina Victoria, lord Loftus, acoge el rumor y lo transmite en una carta particular al jefe del *Foreign-office*, añadiendo esta frase que indica ya una previsión inquieta: «Hago observar que

(2) Enrique Abeken, *Ein schlichtes Leben in bewegter Zeit*, pág. 363.

(3) *Journal des Debats*, 13 de noviembre de 1868.

si el príncipe fuese elegido, la elección sería mirada con celos y desagrado en París (1).»

El día 11 de febrero de 1869 se reunieron las Cortes, que mantuvieron al general Serrano en sus funciones de jefe del poder ejecutivo y á los ministros en sus respectivos cargos. Muy pronto se sobrepuso á todas las cuestiones la de elección de soberano: los unionistas deseaban al duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe y ciudadano español por haberse casado con una hermana de la reina Isabel; los progresistas eran partidarios de un príncipe portugués y sus preferencias les in-

parentado con otras familias reales europeas: habíase casado con una princesa de Braganza; como en compensación de los lazos que le ligaban á Prusia, estaba unido por varios modos con los Bonaparte, pues era pariente de los Murat y de los Pepoli; y además por su madre, princesa de la casa de Baden, era nieto de Estefanía Beauharnais.

Mientras se tramaban estas intrigas, en las que nadie reparó hasta que ya era demasiado tarde, Francia seguía con atención taciturna los acontecimientos de España. La Revolución había sobrevenido en el peor momento,



Isabel II de España

clinaban en favor del rey Fernando de Coburgo, viudo de la reina Doña María y padre del monarca reinante. Además de estas dos candidaturas echábanse á volar en los círculos políticos muchos otros nombres: el duque Amadeo de Aosta, el archiduque Carlos de Austria, el príncipe Alfredo de Inglaterra y el príncipe Felipe de Coburgo. Así las cosas, publicóse un folleto que causó en Madrid cierta sensación; estaba firmado por un diputado á Cortes, el Sr. Salazar y Mazarredo, y en él se proponía en primer término al rey viudo, Fernando de Portugal, y en previsión de una negativa de parte de éste, que parecía probable, á Leopoldo de Hohenzollern. Contaba este príncipe treinta y cinco años, es decir, que se hallaba en la madurez de la edad; era casado y padre de familia, católico sin ser ultramontano; tenía un criterio recto, una inteligencia vigorosa y una fortuna considerable; era oficial del ejército prusiano y estaba unido á la familia real de Prusia, aunque por un vínculo que se perdía en la noche de los tiempos, puesto que para encontrar al ascendiente común era preciso remontarse al siglo XII. Leopoldo estaba además em-

es decir, cuando más cordiales eran las relaciones entre Napoleón y la reina Isabel. Italia podía felicitarse de ver desaparecer, con la caída de la reina, uno de los gobiernos más adictos al papado; Prusia, potencia siempre en acecho, podría husmear algún provecho en aquella nueva complicación de Europa; para Francia, en cambio, todo había de ser causa de desazón. En efecto, la República sería una vecindad comprometida; la elección del duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe, parecería un acto poco grato para la dinastía napoleónica; la de un miembro de la casa de Saboya aumentaría con exceso la influencia de Víctor Manuel. De todas las elecciones, sin embargo, ninguna habría sido considerada más perjudicial que la de un príncipe prusiano; pero los rumores acerca de esto eran demasiado vagos para preocuparse de tal contingencia. La única solución satisfactoria habría sido que los caudillos de la Revolución, consintiendo en volverse atrás de todo lo hecho, llamaran al hijo de Isabel, al príncipe de Asturias; pero esta era precisamente la solución menos verosímil y la que Prim había calificado de imposible.

El Sr. Benedetti, desde su puesto diplomático, dedicábase á recoger con cierta vigilancia, pero sin la menor inquietud, los rumores que circulaban; pero á fines de

(1) Lord Loftus, *Diplomatic reminiscences*, 2.ª serie, tomo I, pág. 236.

invierno una circunstancia especial hizo aguzar más la atención. Esta circunstancia fué la permanencia en Berlín del Sr. Rancés y Villanueva, que durante mucho tiempo había representado á la reina Isabel en la corte de Prusia y que algunos meses antes había sido enviado con igual cargo á Viena. ¿Por qué regresaba á Berlín el Sr. Rancés, nombrado embajador de Austria? Decíase que para saludar al rey Guillermo con motivo de su cumpleaños. Pero ¿no ocultaría el viaje algún propósito secreto? Varias circunstancias robustecían las sospechas: el Sr. Rancés, según se aseguraba, había visto dos veces á Bismarck; notábase además que el príncipe Leopoldo había residido en Berlín, durante el invierno, más tiempo del que acostumbraba; y, por último, ¿acaso no reunía el príncipe algunas de las cualidades esenciales que favorecían su candidatura? Preocupado por este principio de sospecha, el Sr. Benedetti creyó oportuno dar cuenta de lo que ocurría á su gobierno. Así lo hizo en 27 de marzo de 1869, no tardando en recibir la respuesta, que fué telegráfica y en el sentido de encargarle que prosiguiera su información y concretara los fundamentos que servían de base á sus conjeturas.

Bismarck estaba ausente y el Sr. Benedetti, no pudiendo ver al ministro, avistóse en 31 de marzo con el subsecretario de Estado Sr. de Thile. «¿Debo conceder alguna importancia á los rumores que circulan?» le dijo. Y luego añadió: «Me importa sobre manera obtener informes exactos, porque la noticia, de confirmarse, sería grave é interesaría en grado sumo al gobierno del emperador.» La interpelación era franca; no lo fué menos la respuesta: «Puedo aseguraros, repitió varias veces el Sr. de Thile, que nunca se ha tratado de este proyecto;» y como si su afirmación no fuese bastante, empeñó su palabra de honor, cosa que el Sr. Benedetti no le pedía. Aludiendo á las entrevistas del Sr. Rancés con Bismarck, el alto funcionario prusiano las explicó por el deseo, muy natural en su jefe, de conocer el estado general de España: según el Sr. Rancés, las probabilidades de la elección eran favorables al rey Fernando, mas como éste renunciaría indudablemente á la corona, la mayoría, después de varias fluctuaciones, votaría seguramente por el duque de Montpensier. Al final de la entrevista, el Sr. de Thile volvió á repetir varias veces su declaración de que jamás podría tratarse del príncipe de Hohenzollern para la corona de España. El mismo día el Sr. Benedetti transmitió á París estas palabras tranquilizadoras; su despacho terminaba, sin embargo, con la siguiente frase: «Sin poner en duda la lealtad del subsecretario de Estado, me permitiré añadir que éste no siempre está iniciado en las intenciones personales del Sr. de Bismarck.»

No, el Sr. de Thile no siempre estaba enterado, y precisamente una de las habilidades del presidente del Consejo consistía en no enterarle de nada á fin de que, negando de buena fe los propósitos de su jefe, negara con acento más persuasivo. De todos modos y fuese ó no cierto en este caso este artificio tan común en Bismarck, nada autoriza para dudar de la veracidad del lenguaje empleado aquel día por el subsecretario de Estado. Es más, hubiera sido extraño que el señor Rancés fuese un agente de la candidatura de un Hohenzollern, porque aquel personaje, poco antes embajador de la reina Isabel, debía inclinarse, según todas

las probabilidades, al partido unionista, y á falta de los Borbones destronados, sus simpatías habían de llevarle hacia el único Borbón entonces posible, es decir, hacia el duque de Montpensier. Esta opinión hállase confirmada por el historiador español Piralá, el cual, fundándose, según dice, en un testimonio de *excepcional autoridad* (1), declara terminantemente que las conversaciones del Sr. Rancés con Bismarck no versaron sobre la candidatura Hohenzollern. Debemos, pues, creer, mientras no haya pruebas en contrario, que en aquella fecha, 31 de marzo de 1869, el terreno estaba todavía libre de intrigas en Berlín.

El informe del Sr. Benedetti, aunque tranquilizador, había dejado en las Tullerías una impresión de ligera inquietud. Pocos días después el embajador fué llamado á París, y á fines de abril, sin que pueda precisarse el día, recibió en audiencia el emperador, quien le interrogó largamente. El soberano juzgaba, no con indiferencia, como han supuesto después algunos publicistas extranjeros, sino con extremada fogosidad, el proyecto cuyos rumores habían llegado hasta él; y resumiendo su pensamiento, expresóse en estos términos: «La candidatura del duque de Montpensier es puramente antidinástica, y como sólo á mí me afecta, puedo aceptarla; la del príncipe Hohenzollern es esencialmente antinacional; el país no la tolerará, y es preciso evitarla.» El resultado de la entrevista fué que el Sr. Benedetti, á su regreso á Berlín, vería, no al Sr. de Thile, sino al propio Bismarck, le expondría todos los peligros de la candidatura alemana y se esforzaría en disipar todo equívoco para el presente y toda complicación para el porvenir (2).

Mientras comenzaba á despertarse la previsión francesa, las Cortes de Madrid discutían la Constitución y Prim buscaba un rey. Para muchos, el mejor candidato habría sido el rey Fernando que, á título de príncipe consorte y juntamente con doña María, había ocupado el trono de Portugal; pero fué el caso que este pretendiente, á pesar de pertenecer á la ambiciosa casa de Coburgo, no pretendía nada y aspiraba únicamente á darse buena vida, á conservar su rica dotación y á disfrutar de las umbrías de Cintra. Así es que, al tener noticia de las grandezas que le amenazaban, telegrafió diciendo que no se molestaran los delegados que pensaban ofrecerle la corona; mas comprendiendo luego que tal procedimiento era un tanto sumario, añadió al telegrama una segunda comunicación que confirmaba la negativa, si bien suavizándola con fórmulas de agradecimiento muy ajustadas al gusto y á la costumbre castellanos. Prim, en vista del fracaso sufrido por el lado de Portugal, pensó en Italia y en el duque de Aosta; pero no fué mejor la acogida que por esta parte obtuvo. Hubiera podido recurrirse al duque de Montpensier; pero era Borbón, impopular entre los progresistas y los demócratas, y además se sabía que su elección disgustaría al emperador de los franceses, lo cual engendró vacilaciones y la idea de acudir á otras personalidades. ¿Acordóse Prim entonces del folleto publicado dos meses antes por el Sr. Salazar y trató de entablar negociaciones con Leopoldo de Hohenzollern? El historiador ale-

(1) Antonio Piralá, *Historia contemporánea*, tomo III, página 730.—Desgraciadamente el Sr. Piralá no nombra á ese testigo.

(2) Benedetti, *Ma mission en Prusse*, pág. 307.

mán Sybel (1) lo afirma, y en efecto, por aquel entonces volvió á circular en varios periódicos el rumor de la candidatura del príncipe; pero la negociación, si es que realmente la hubo, fué muy pronto abandonada, y el mismo Leopoldo partió en 27 de abril por una larga temporada y se fué á Bucarest, en donde reinaba su hermano Carlos.

En el entretanto, el Sr. Benedetti había regresado á Berlín y el 11 de mayo de 1869 vió á Bismarck, el

concreta que casi rayaba en indiscreción, no se desconcertó Bismarck, sino que contestó negligentemente (y este lenguaje parece confirmar el relato de Sybel) que había tenido ocasión de conferenciar sobre este asunto con el rey y con el príncipe Antonio. «De todos modos, repuso Benedetti tratando de arrancar al primer ministro una seguridad formal para el porvenir, el príncipe Leopoldo no podría aceptar el voto de las Cortes sino con el asentimiento del rey; de modo que sería Su Ma-



Federico Guillermo, príncipe heredero de Prusia

cual, lejos de rehuir la entrevista, aparentó prestarse á ella de muy buena gana y aun se mostró muy locuaz durante la misma, con lo cual, al propio tiempo que daba á su lenguaje un aspecto de franqueza, no dejaba tiempo á que se formularan preguntas demasiado concretas. Respecto de la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern expresóse con desembarazada imparcialidad: tal soberanía, dijo, sería una soberanía efímera, preñada de engaños y aun de peligros; en caso de que las Cortes dieran un voto favorable, el rey se abstendría seguramente de aconsejar la aceptación; además el padre del príncipe no era partidario de tan engañosas grandezas, y como hartó sabía lo que á su fortuna personal costaba el sostener á su hijo Carlos en Rumanía, no tenía ganas de añadir á ese sacrificio otras cargas aún más onerosas. «¿Pero se ha tratado esta cuestión?» preguntó Benedetti. Ante esta pregunta tan

justad quien dictaría al príncipe la conducta que había de seguir.» Bismarck no negó la oportunidad de la observación, pero en vez de salir fiador de las resoluciones inmutables de su soberano, se esquivó prontamente, y volviendo á las generalidades insistió en las decepciones que España tenía reservadas y en el conflicto de rivalidades y miras personales que en Madrid retrasarían toda elección definitiva.

De nuevo intentó Benedetti encauzar hacia una conclusión práctica la conversación que se desviaba de su objetivo verdadero: «Sea cual fuere, dijo, nuestra reserva en los acontecimientos españoles, tenemos un interés de primer orden en seguir el desarrollo de los mismos.» Una de las habilidades de Bismarck, cuando quería evitar compromisos, era deshacerse en confidencias; en aquella ocasión, como si quisiera mostrarse expansivo, reveló al embajador que el príncipe Carlos de buen grado habría corrido una aventura en España; «pero, añadió, la diferencia de religión habría sido un obstáculo insuperable, y una conversión al catolicismo

(1) *Die Begründung der Deutschen Reiches*, tomo VII, páginas 242-243.